

PUBLICACION EXTRA
MUSEO NACIONAL DE HISTORIA NATURAL
MONTEVIDEO - URUGUAY

Número 49

1999

EL PRINCIPIO HISTÓRICO EN GEOGRAFÍA

FEDERICO BLIXEN *

ABSTRACT: *The historical principle in Geography.*— The author presents an overview of the historical principle in geography, the benefits and certain difficulties of its application, emphasizing limits when dealing with primitive or ethnographic cultures. The last part of the article is dedicated to special problems related to South American societies.

Key words: Geography - History - Method

Palabras clave: Geografía - Historia - Método

El principio histórico establece que *al estudiar un hecho o fenómeno geográfico de origen total o parcialmente antrópico, el geógrafo deberá examinar* no sólo su tendencia y evolución (a efectos de cumplir con el principio de actividad) sino también, *todos los hechos geográficos semejantes o conexos con él, que le han precedido.*

Justificar su necesidad no presenta mayores dificultades. En efecto, cuando la Geografía intenta explicar, aplicando el principio de causalidad, cualquier modificación más o menos súbita operada en el paisaje** en la que el hombre haya intervenido, suele ser casi siempre necesario examinar la evolución pasada de los hechos, vale decir, remontarse y recurrir a la historia. Son muchos los rasgos del paisaje que, considerados fortuitos e inexplicables a partir de las condiciones presentes, no lo son desde el momento en que se los relaciona con su pasado. Sin esta noción de tiempo,

* Florida 1213, 11.100 Montevideo, Uruguay.

** Eso, y no otra cosa, es un fenómeno geográfico. La diferencia entre *hecho* y *fenómeno* geográfico sería, a nuestro parecer, solamente de grado: el fenómeno tiene una connotación indudablemente más subjetiva (*hecho tal cual es percibido por un observador*) y de movimiento (*transformación perceptible de inercia*). Así, pues, por ejemplo, una ciudad puede ser considerada un hecho geográfico, en tanto que las transformaciones operadas en el paisaje por un tornado (por lo demás, un *fenómeno meteorológico* y no un *hecho meteorológico*) deben ser consideradas un fenómeno geográfico. *En el fenómeno, el producirse domina sobre el producido*; en el hecho, sucede exactamente lo contrario.

de evolución, la razón de lo que existe se nos escaparía a menudo, como observa muy bien DEMANGEON (1956:17), quien agrega a continuación algunos ejemplos muy claros. Tal es el caso de la Geografía Urbana, cuyo estudio sería realmente inimaginable sin la Historia (por ejemplo, la localización y los rasgos más conspicuos de las ciudades europeas) y la Demografía (ejemplificando también: la población de un país como Francia, su densidad, distribución espacial, etc.) no sería comprensible ni explicable si no se conoce la historia de la roturación de tierras, la deforestación, el reparto de los campos, los trabajos de drenaje, la construcción de diques y muchas otras actividades. Así, DEMANGEON (loco cit.) concluye: que todo el estudio de esta conquista del suelo se hace sobre la base de historia. Por ello, los trabajos de síntesis geográfica contienen con mucha frecuencia referencias históricas, que ayudan a situar lo observado no sólo en el espacio, sino también en el tiempo: el geógrafo debe, entonces, saber dónde y cómo encontrar los documentos históricos y –naturalmente– servirse de ellos.

Simple en su enunciación, el principio histórico presenta, no obstante, algunas dificultades peculiares que el geógrafo debe tener muy en cuenta:

a) La primera de ellas, desde luego bastante previsible, es que la Historia, como narración ordenada y pretendidamente veraz de diferentes acontecimientos pasados memorables de la vida de la Humanidad, registrada, transmitida y conocida por documentos escritos, no puede retener todos los hechos; aquellos que no son documentados se pierden o pasan a otras formas de registro (leyenda, etc.). Por tanto el geógrafo sabe, desde el comienzo, que al examinar los antecedentes de un hecho o fenómeno geográfico puede quizá encontrarse con una información incompleta que eventualmente dificultará o falseará sus conclusiones e interpretaciones.

b) A esto debe agregarse, por añadidura, la diferente valoración de los hechos históricos de acuerdo con el espíritu de cada época (el *Zeitgeist* de la sociología alemana). Los múltiples revisionismos de que la historia es testigo son prueba elocuente de ello. La consecuencia posible es la modificación más o menos intencionada de la información e inclusive su pérdida, pues si –a modo de ejemplo– se decide rehabilitar a un personaje histórico, puede eliminarse *ex profeso* toda información o comentario que lo perjudique y viceversa.

Podemos decir que estos dos problemas son de principio, vale decir, inherentes a la peculiar naturaleza de la Historia como ciencia ideográfica:

estudia hechos únicos, que nunca se repiten de la misma manera y en cuya jerarquización y calificación intervienen siempre criterios valorativos.

c) La tercera dificultad es imputable al geógrafo mismo, y radica en que frecuentemente le falta una buena formación histórica general. Es desde luego imposible conocer siquiera mínimamente la historia de todos los países del orbe; pero sucede que, en nuestro país, el geógrafo universitario conoce muy poco de su historia. La consecuencia de esto es el apurado peregrinaje del geógrafo y del estudiante de la carrera buscando asistencia y asesoramientos perentorios –por tanto, no siempre eficaces– en tareas comunes (monografías regionales, estudios locales, etc.) en temas que, con mejor formación en ciencias históricas, hubiera resuelto por sí mismo. Contrasta esta situación, por ejemplo, con la de la escuela francesa de geografía, a la que muchos de sus más brillantes exponentes (VIDAL DE LA BLACHE, LUCIEN FEBVRE, etc.) llegaron procedentes de la Historia y de sus ciencias conexas. Aquí la carencia se observa más bien en la falta de una buena formación matemática, de un espíritu científico y de un rigor terminológico, y en una tendencia a la verbalización exagerada, como muy bien señala CHOLLEY (1952: 1 y ss.).*

d) Otro problema, éste ya relacionado con el objeto de estudio, surge cuando se pretende aplicar el principio que nos ocupa a los hechos y fenómenos geográficos producidos en sociedades primitivas o etnográficas. Se ha dicho por parte de especialistas en el tema que dichos pueblos, hasta

* Cita que vale la pena transcribir por su valor didáctico: "Le principal (défaut de nos étudiants) tient à l'abus du verbalisme. Bien souvent les élèves n'ont dans la tête que des mots, qu'ils emploient mal faute d'en définir exactement le contenu... preuve évidente que les choses les plus élémentaires n'ont jamais été définies avec précision: on emploie à chaque instant synclinal (terme de structure) pour val (terme de relief), anticlinal (terme de structure) pour crête ou sommet (termes de relief). Comment s'étonner ... que les élèves n'arrivent pas à comprendre l'évolution du relief plissé, dont une phase essentielle est marquée par... l'inversion du relief, c'est à dire par un état où les sommets correspondent aux synclinaux, tandis que les vallées coïncident avec les anticlinaux? La réponse absurde faite par l'un d'eux, à ce propos, n'est donc qu'à moitié surprenante: "En somme, les anticlinaux sont devenus des synclinaux et réciproquement."

"Une autre difficulté tient à l'ignorance ... de la méthode de la géographie. De toute évidence, (nos étudiants) ont une formation plus historique que géographique (...). Au lieu d'être une connaissance rationnelle, la géographie, dans leur esprit, n'est pas autre chose qu'un groupement de curiosités (...) l'étude de l'aspect actuel d'une région ne se conçoit pas sans de longs développements historiques, y compris le fameux paragraphe sur l'histoire géologique, où le correcteur est toujours assuré de trouver une mine d'inexactitudes et qui de plus est bien souvent superflu."

Si es, pues, importante un conocimiento general de la historia, profundizándolo, claro está, en el propio país y sobre todo en las transformaciones operadas en su paisaje (migraciones, fundación de ciudades, alambramiento de los campos, deforestación, construcción de puentes, represas, etc., y todas sus consecuencias) para aplicar el principio histórico cuando se lo necesita, justo es prevenir también contra los sesgos y deformaciones de un historicismo exagerado.

cierto punto, no tienen historia –si por tal se entiende, acorde con la definición que ya hemos dado, un devenir de hechos diferentes sucedidos en el tiempo– y esto en un doble sentido: carecen de medios para transmitirla –escritura– pero sobre todo –y esto es más importante aún– del interés por fijarse en lo peculiar e irrepetible de los acontecimientos; sólo interesa lo cotidiano que se reitera: por ejemplo, por qué existe el pino, el eucaliptus, los canguros, cómo se crearon las ollas, la maza, el arco y la flecha, por qué la luna tiene manchas, etc. Y esta regularidad se integra en el orden mítico establecido desde el tiempo primordial por el creador del mundo, de los objetos y de los hombres –el demiurgo–. Casi nunca interesa saber qué había antes y qué vino después, sino por qué el mundo es como es; el estado ideal es el que asegura que las cosas sigan siendo como hasta el presente. Esta concepción desemboca necesariamente en un devenir cerrado para la cultura y la sociedad en general; así, pues, se dice que tienen una concepción *quietista o estacionaria*. A ellos se refiere ORTEGA Y GASSET en el párrafo que sigue (1981:124): “...en principio, son posibles pueblos perennemente primitivos. Los hay. Breysig los ha llamado ‘los pueblos de la perpetua aurora,’ los que se han quedado en una alborada detenida, congelada, que no avanza hacia ningún mediodía.”

Es claro que, desde el punto de vista de la investigación geográfica, una historia así concebida y relatada, con sucesos repetidos, petrificados en el tiempo, no permite al geógrafo aplicar ningún principio histórico a los hechos geográficos de estas sociedades, a menos, desde luego, que posea otras fuentes de información, lo que supondría en todo caso una sociedad etnográfica en contacto más o menos continuo con la Civilización.

e) Por último, aplicar el principio histórico al Nuevo Mundo es factible pero no sin precauciones. En efecto, exceptuando el caso de nuestro país, coexiste en el continente una población indígena en la que la aculturación (modificación muy profunda que se produce en una cultura primitiva en contacto con otra más avanzada, subvirtiendo las raíces y los valores de aquélla) ha avanzado –salvo casos excepcionales– de un modo incontenible. Como los hechos histórico-geográficos llevan en su registro y jerarquización una valoración implícita y dado que ésta sólo tiene sentido en un contexto cultural, cualquier ruptura o transformación profunda de éste es romper la continuidad con el pasado* y reinterpretar todo; entre ese todo, los mismos hechos histórico-geográficos. Pero esto es sólo una parte del

* “La continuité est un droit de l’homme... Elle est un hommage à tout ce qui la distingue de la bête,” dice a este respecto ORTEGA Y GASSET (1981:60), citando a DUPONT-WHITE.

problema. Lo sustancial, en realidad, es que *los hechos geográficos producidos por el hombre son culturales, y como tales sólo tienen arraigo y vigencia intracultural*. Transformada profundamente la cultura por el proceso de aculturación, el hecho geográfico producido por la sociedad primitiva perderá parte de su significado, pues sólo tiene inteligibilidad plena en el contexto cultural que le dio existencia. No se conservará, pues, todo el hecho geográfico sino una concreción parcial de él, la menos significativa: aquélla ligada a la forma y no al sentimiento que lo originó.

Por tanto, y resumiendo, la aculturación en general trae consigo la reinterpretación de los hechos geográficos culturales y en verdad, sólo de una parte de ellos.

Esto en cuanto se refiere a las comunidades indígenas del continente americano en general. Pero creemos que aquí convendría hacer una distinción. Las llamadas “altas culturas” (aztecas, mayas, incas, etc.) no sólo construyeron civilizaciones bastante avanzadas –con presencia y desarrollo más o menos avanzado de las artes industriales, fabricación de gran cantidad de utensilios y recipientes, agricultura extendida, arquitectura, cierta extensión de los conocimientos científicos, precisión en los principios morales, creencias y ceremonias religiosas complejas, entre otros rasgos– sino que, además, aunque no se pueda decir que hayan sido culturas progresistas como lo es típicamente Occidente, algunos aspectos progresistas son indudables. Así, en el caso del imperio inca, su engrandecimiento por la conquista de nuevas tierras, el espíritu renovador, de creación y modificación (por ejemplo, ciudades, puentes, quipus) con transformaciones y sucesos peculiares e irrepetibles que se iban apreciando; por lo tanto, civilizaciones y pueblos con historia. Muy distinto es el cuadro que ofrecen al geógrafo investigador las restantes culturas indígenas, mucho más próximas a las sociedades etnográficas y como tales, al margen de la Historia: tecnología rudimentaria, organización política y económica muy simple, modificaciones mínimas en el paisaje, etc.

Del resto de la población americana –en términos numéricos, la mayoría– se puede decir que está compuesta por sociedades europeizadas, designándose así a aquellas sociedades que, no habiendo sido partícipes del proceso de formación de la civilización occidental en los siglos en que ésta asumió los rasgos que hoy más conspicuamente la caracterizan –en especial, desde el Renacimiento hasta el siglo XIX– adquirieron posteriormente la mayoría de sus sistemas de valores, concepciones y pautas de vida. Tampoco aquí el principio histórico está exento de dificultades: la multiplicidad de aportes ha construido lo que muchos han denominado *cultura de aluvión*,

donde es difícil para el geógrafo extraer los precedentes históricos en culturas tan disímiles como la de españoles, italianos, ingleses, franceses, alemanes, portugueses, griegos, polacos y otros. Conste que estos términos están usados aquí en un sentido sumamente amplio e informal; pues son por todos conocidas las diferencias entre castellanos y andaluces, entre milaneses y sicilianos, etc.

Resumiendo, ninguno de los obstáculos hasta aquí señalados -por grandes que en algún caso puedan parecer - habilitan al investigador en geografía a renunciar apriorísticamente a la aplicación del principio histórico: sin él no hay hecho geográfico que pueda ser cabalmente comprendido. Pero sí le obligan a analizar, caso por caso, cómo aplicarlo.

BIBLIOGRAFÍA

CHOLLEY, A. 1952. La géographie- guide de l'étudiant. Presses Universitaires de France. Paris.

DEMANGEON, A. 1956. Problemas de geografía humana. Editorial Omega, Barcelona.

ORTEGA Y GASSET, J. 1981. La rebelión de las masas. Espasa-Calpe, Madrid.

MUSEO NACIONAL DE HISTORIA NATURAL
BUENOS AIRES 652
CASILLA DE CORREO 399
11.000 MONTEVIDEO, URUGUAY
FAX: (005982) 917-0213

Comisión del Papel - Edición amparada en el Art. 79 de la Ley 13349
Edición de 1.200 ejemplares Agosto 1999

Depósito Legal N° 313.039/99